

Pesaj como big bang

Diana Sperling

Marzo 2018, Nisan 5778

En pocos días más comenzará Pesaj, uno de los más importantes hitos del calendario judío. Esta fecha es conocida como “la fiesta de la libertad”, dado que celebra la salida de la esclavitud que los hebreos padecieron en Egipto durante cuatrocientos años.

Siempre pensé que libertad y tiempo son dos cuestiones íntimamente ligadas: el esclavo está sometido al reloj del amo. El siervo no es dueño de sus días ni sus noches, de sus labores ni sus descansos. Todo lo que nos hace humanos tiene que ver con el tiempo: los duelos, las celebraciones, la memoria, los procesos de crecimiento, los cambios y su registro... El esclavo no vive: apenas sobrevive en un tiempo detenido.

Por una rara maniobra del azar, justo acaba de morir Stephen Hawking, el científico moderno que, en la huella de Einstein, contribuyó a hacernos comprender esa fundamental dimensión de la existencia. Ambos genios advirtieron que el tiempo, lejos de ser algo absoluto, está múltiplemente determinado e influido por otros factores. La relación con el espacio es uno de los más importantes, pero también la posición del observador y otros elementos que hacen, del tiempo, algo mucho más inaprehensible y complejo de lo que creemos. “Las leyes de la ciencia no distinguen entre el pasado y el futuro”, dice Hawking. Pero sí nosotros, los humanos, conscientes de nuestra finitud. Un par de siglos antes, Kant advirtió ese aspecto subjetivo de la temporalidad cuando dijo que “el tiempo es el sentido interno”. Si somos seres temporales, el tiempo -y su percepción- forma parte indisoluble de nuestro estar en el mundo.

La relatividad einsteiniana es la fórmula que explicita la relación espacio-tiempo. Pero algo de eso estaba ya prefigurado en nuestras fuentes, en el término hebreo *olam*: universo y eternidad a la vez. El relato de la creación, en Génesis, es una sucesión de días y noches, una cuenta y un orden. No era suficiente, parece decir el texto, con fundar un lugar y poblarlo de maravillas. Era preciso establecer momentos diferenciados, hacer eso que la ciencia no hace: instituir pasado, presente y futuro. Pero, hasta ahí, la obra divina. Fueron necesarios muchos avatares, dramas y recorridos para que por fin el hombre llegara a entender su propia temporalidad y pudiera desarrollar su capacidad de hacer algo con eso.

Y, en la tradición judía, ese momento preciso es Pesaj, festividad considerada como un comienzo de año porque es la instancia en que se les ordena a los hebreos “contar el tiempo”. Un momento fundante, el *big bang* de la libertad. Ya no la esclavitud de estar en manos de (el tiempo de) otro, el soberano o el déspota, ni tampoco la ilusión de ser eternos como dioses. No más la circularidad de lo infinitamente reiterado, ni la vana fantasía de un progreso que llegaría como por arte de magia, por el solo devenir de los días y los años. Ni cíclico ni lineal, el tiempo es la dimensión de la historia: el campo de la posible novedad, allí donde los hombres inscriben sus acciones, cambian el curso de lo esperable y dan significado al transcurrir de las horas.

La diferencia central es la que distingue el tiempo profano del consagrado, lo cotidiano de lo extraordinario, el trabajo del reposo, lo común de lo festivo. Se trata de encontrar, en la dimensión del tiempo, lo discontinuo que se engarza en la continuidad, la altera y la vez la afirma. Disponer del poder de la interrupción, del duelo y del festejo, del salirse del vértigo y la exigencia de lo diario para “cesar de hacer” -eso es lo que significa la palabra *shabat*-, crear hitos en la corriente de lo que, sin nuestros actos, solo fluye indiferente y no se detiene. Así, cada shabat es un mini Pesaj, y

cada Pesaj es ocasión de recordar la creación del shabat. Ese momento que solo el hombre libre puede disfrutar.

El *seder* (orden) de la noche de Pesaj está animado por la lectura de la Hagadá: un libro sobre el tiempo, cuya forma privilegiada es la transmisión, la sucesión de generaciones y la memoria. La fiesta de la libertad es la celebración de nuestra temporalidad y su potencia. Del reconocimiento de nuestro límite, que vuelve imperioso el mandato “contarás a tus hijos”, para que la onda expansiva del *big bang* se multiplique en proyectos, obras y legado.

Pesaj casher ve sameaj!! Un Pesaj casher y alegre!!!